

El barco llegó a Broughton media hora después de que partiera el tren. Nos habíamos retrasado por un pequeño accidente en el motor y ese retraso de media hora significó una noche de estada en Broughton. Me avergüenzo de todo lo que dije. Cuando pienso que el destino podría haber obedecido mis palabras y haber puesto en marcha un tren especial o haber producido algún otro milagro que me hubiese alejado de Broughton aquella noche, siento un escalofrío. Desde entonces, y por gratitud, nunca más volví a maldecir el hecho de perder algún medio de transporte.

Sin embargo, en ese momento estaba muy enojado. Sentía la necesidad imperiosa de subir al tren, ya que por culpa de ese retraso no podría cumplir con muchos compromisos importantes. En Broughton yo era un forastero y, además, el pueblito me resultaba estúpido y sofocante. De muy mal humor, me dirigí a un hotel. Después de protestar hasta el cansancio, se me ocurrió ir a ver a Clark Oliver para pasar el tiempo. A pesar de ser mi primo, nunca sentí demasiado afecto por Clark Oliver. Era un sinvergüenza y más estúpido que cualquier otro miembro de mi familia. Además, estaba vinculado con la política y yo detestaba la política. Pero sentía curiosidad por ver si aún era tan parecido a mí. No lo veía hacía ya tres años y tenía la esperanza de que el tiempo hubiese hecho algo por diferenciarnos. Cierta vez, un individuo muy enfurecido, a quien yo desconocía por completo, me insultó porque creyó que yo era el villano de Oliver, según el término empleado en política. Pero eso había ocurrido hacía más de un año y supuse que ésa era una buena señal.

Fui a la oficina de Oliver, me enteré de que se había marchado y lo seguí a su departamento. En el preciso instante en que lo vi, tuve esa sensación desagradable de identidad perdida o confundida que siempre me asaltaba cuando me encontraba con él. Me resultaba absurdo el parecido que existía entre los dos. Sentía como si me mirara en un espejo en el que mi imagen insistía en reflejar cosas que yo no hacía, lo cual me producía una sensación muy extraña.

Al verme, Clark fingió alegrarse. En realidad, no se alegraba en absoluto, ya que aún no se le había ocurrido su Gran Idea y, además, porque nunca nos tuvimos afecto.

—Hola, Elliott —dijo, mientras me daba la mano con un movimiento que había aprendido en las campañas electorales, con el cual lograba disimular un poco sus verdaderos sentimientos—. Me alegra verte, compañero. Por Dios, te sigues pareciendo a mí como siempre. ¿De dónde vienes?

Le expliqué lo que me había ocurrido y durante un tiempo conversamos con suma cordialidad e inocencia sobre los últimos chismes familiares. Aborrezco los chismes familiares, pero siempre es mejor que hablar de política, y éstos son los únicos dos temas sobre los que Clark puede conversar. Le describí el casamiento de Mary Alice, el nuevo marido de Florence y los mellizos de Tom y Kate. Clark trató de mostrarse interesado, pero advertí que algo lo tenía preocupado. Después de un rato, salió a la luz. Miró el reloj y frunció el entrecejo.

—Estoy en una encrucijada —me contó—. Los Kennedy darán una cena esa noche. Tú no los conoces, desde luego. Son las personas más importantes de Broughton. Kennedy maneja la política de aquí y la mujer es de las que te ayudan o te hunden para siempre. Es la primera invitación que recibo de ellos y debo aceptarla. Es necesario desde todo punto de vista. La señora Kennedy no me perdonará si rechazo la invitación a último momento. Por cierto, no es que yo sea importante para ella... todavía..., pero dejaría un lugar vacío en la mesa. Nunca más volvería a invitarme y, como ella es quien domina a Kennedy, no puedo darme el lujo de ofenderla. Además, irá una muchacha a quien vi una sola vez y a la que quiero volver a ver. Sin duda es hermosa, aunque un poco presumida. Creo que quedó impresionada conmigo. La conocí la semana pasada en la fiesta de los Harvey. Era la más hermosa de todas y en ningún momento apartó la mirada de mí. Le di a entender a la señora Kennedy que quiero acompañarla en la cena de hoy. Si no voy, perderé todo.

—Pero ¿qué es lo que te impide ir? —pregunté con desdén. Nunca pude soportar la manera en que Clark hablaba de las mujeres y de sus conquistas.

—Resulta que Herbert Bronson llegó al pueblo esta tarde y se irá hoy en el tren de las diez y media. Me mandó avisar que esta tarde lo esperara en su hotel para hablar sobre un negocio relacionado con la minería que trato de llevar a cabo. No puedo dejar de ir. Es mi única oportunidad para acorralar a Bronson. Si pierdo esta ocasión, todo se acabará y perderé mucho dinero.

—Bueno, veo que estás en una situación difícil —comenté con la filosófica resignación de quien está ajeno al problema. No era yo el que estaba atrapado en múltiples negocios y compromisos sociales, por lo cual estaba en condiciones de compadecer a mi primo Clark. Siempre es agradable poder sentir lástima por las personas a quienes uno desprecia.

—Así es. No sé qué hacer. ¡Maldito sea! Tengo que ir a ver a Bronson, no caben dudas. Todo hombre tendría que tener un sustituto a mano para enviar a las cenas, cuando uno no puede ir. ¡Por Dios! ¡Elliott!

Se levantó con entusiasmo: se le había ocurrido la Gran Idea.

—Elliott, ¿irías a la casa de los Kennedy en mi lugar? No se darán cuenta del cambio. ¡Vamos, hazlo, sé un buen amigo!

—¡No digas tonterías! —repliqué.

—No son tonterías. Nuestro parecido estaba predestinado para cuando llegara este momento. Te prestaré mi traje de etiqueta... te quedará bien, hasta nuestro físico es parecido. No tienes nada que hacer esta noche. Yo te ofrezco una buena cena y una compañera agradable. Vamos, sácame de este apuro. Sabes que me debes un buen favor por aquel asunto de Mulhenen.

El asunto de Mulhenen fue lo que me decidió. Hasta ese momento, no tenía ninguna intención de disfrazarme de Clark Oliver en la cena de los Kennedy. Pero, tal como dijo Clark Oliver con mucha delicadeza, él me había hecho un favor en aquel asunto y, desde entonces ese favor se había convertido en una úlcera. Es horrible deberle un favor a quien uno detesta. Se me presentaba la oportunidad de cancelar la deuda y debía aceptarla sin más discusión.

—Pero —dije vacilante— no conozco a los Kennedy... y no sé nada acerca de las reuniones sociales que suelen hacerse en Broughton. No me atreveré a hablar y, aun cuando no cometa ningún error, les resultaré tan estúpido que los Kennedy se disgustarán contigo. Tal vez tus proyectos se vean más perjudicados por mi presencia que por tu ausencia.

—No, en absoluto. Mientras puedas, no abras la boca y, cuando no puedas evitarlo, trata de hablar sobre temas generales y no lo notarán. La joven a quien tal vez acompañes no es de Broughton; por lo tanto, no sospechará de tu ignorancia sobre lo que ocurre aquí. Nadie lo sospechará. Nadie sabe que tengo un primo tan parecido a mí. Incluso a nuestras madres les resultaba difícil distinguirnos. Además, nuestras voces también son parecidas. Ahora ven a ponerte mi ropa de etiqueta. No tienes mucho tiempo y a la señora Kennedy no le agradan los impuntuales.

Por lo visto eran muchas las cosas que no le agradaban a la señora Kennedy. Supuse que eran pocas las posibilidades que tenía de agradarle a esa mujer tan crítica, dado que tenía que adoptar la personalidad de Clark Oliver. Sin embargo, me vestí con la mayor rapidez posible. Siempre me gustó hacer cosas insólitas; por lo tanto, me atrajo la originalidad de la aventura y cualquier cosa era mejor que perder la noche en el hotel. Además, no dañaría a nadie: le debía un favor a Clark Oliver y le ahorraría a la señora Kennedy el disgusto de tener una silla vacía.

Cuando terminé de vestirme, me di cuenta de que no cabían dudas acerca de mi odioso parecido con Clark. De hecho, sentí rencor al ver el excelente corte que tenía su ropa.

—Todo saldrá bien —dijo Clark—. Recuerda que esta noche eres conservador y no dejes escapar tus opiniones liberales o me dejarás mal parado frente al gran y único Mark. Sin embargo, nunca habla de política en las cenas, de modo que no tendrás problema en cuanto a eso. La señora Kennedy tiene debilidad por las jarras de cerveza. Su colección parece ser muy importante. Hay rumores de que la señorita Harvey está buscando un trabajo en alguna institución de beneficencia...

—¿Quién? —pregunté abruptamente.

—La señorita Harvey. No sé su nombre. Es la muchacha que te mencioné. Seguramente la acompañarás al comedor. Sé amable con ella, aun cuando te resulte un esfuerzo. Es la mujer que elegí como tu futura prima; por lo tanto, no quiero bajo ningún aspecto que echés a perder la buena opinión que tiene de mí.

Me sobresalté al oír el nombre. Una vez, en otro círculo social, conocí a una tal Jane Harvey, pero la señorita Harvey de Clark no podía ser Jane. Un mes atrás había leído en una noticia del periódico que Jane estaba en la costa del Pacífico. Además, en la época en que yo la conocía, Jane no tenía por cierto ninguna vocación por trabajos en instituciones benéficas. No creía que en dos años se pudieran producir semejantes cambios. ¡Dos años! ¿Sólo dos años? Parecían más de dos siglos.

Partí hacia la casa de los Kennedy con un agradable estado de excitación y en taxi, porque estuve a punto de llegar tarde. Era una casa grande y todo lo perteneciente a esa casa era grande, excepto el dueño. Mark Kennedy era un hombre pequeño, delgado y calvo. No daba la impresión de ser un poderoso político, pero ésa era una razón para que lo fuese, dado que en este mundo las cosas no son lo que aparentan.

La señora Kennedy me saludó con cordialidad y me dijo en un tono significativo que me había concedido el pedido. Eso significaba, tal como me lo informó mi tarjeta de invitación, que yo acompañaría a la señorita Harvey al comedor. Desde luego, no habría ningún tipo de presentación, puesto que Clark Oliver ya la conocía. Me estaba preguntando cómo haría para localizarla, cuando de pronto me sobresalté de tal manera que quedé aturdido: Jane me estaba mirando desde un rincón.

No había tiempo para recobrar la cordura. Los invitados se dirigían hacia el salón comedor. Guardé los nervios en los bolsillos, atravesé el salón, hice una reverencia y poco después, me encontré caminando por el corredor con la mano de Jane apoyada en mi brazo. El corredor era largo y agradecí al arquitecto que lo había diseñado. Me daba tiempo para ordenar mis ideas.

¡Jane en ese lugar! ¡Jane yendo a cenar conmigo y pensando que está con Clark Oliver! Jane... ¡era increíble! Todo era un sueño... o me había vuelto loco.

Cuando ya nos ubicamos en nuestros lugares, comencé a mirarla de soslayo. Estaba

más hermosa que nunca... esa Jane esbelta, de cabello castaño y actitud desdeñosa. La historia del trabajo en una institución benéfica debía de ser un mito. Por lo general, el trabajo en una institución de beneficencia en una mujer hermosa sólo puede significar la aparición de arrugas o el corazón destrozado. Pero tanto mis ojos como mi opinión me indicaban que Jane no tenía ninguno de esos problemas.

Hace algunos años, Jane y yo estuvimos comprometidos. En esa época, yo estaba enamorado como un tonto, pero fui más tonto al creer que ella también me quería. Si bien me curé de la segunda fase de mi estupidez, la primera se había vuelto crónica. Nunca logré dejar de amar a Jane. Durante esos dos años alimenté la dulce esperanza de que, en algún momento, me tropezaría con ella en un estado de ánimo apacible y haría las paces. No podía buscarla como tampoco escribirle, dado que ella me lo había prohibido y tenía la costumbre —muy detestable en una mujer— de hablar en serio. Pero la deidad a la que yo invoqué fue el dios del azar y así fue como respondió a mis oraciones. Estaba cenando junto a Jane y, para ella, yo era ¡Clark Oliver!

¿Qué debía hacer? ¿Confesar toda la verdad y defender mi causa, mientras ella debía permanecer sentada a mi lado? Eso no resultaría. Alguien podría oírnos y, de cualquier modo, no sería ningún pasaporte a mi favor el hecho de que yo fuese un falso invitado. Sin duda alguna, Jane desaprobaría mi conducta. Era una situación enloquecedora.

Jane tomaba la sopa con mucha calma. Era la única mujer que mientras tomaba sopa, parecía una diosa. Levantó la vista y me sorprendió estudiando su perfil. La vi sonrojarse y yo me enfurecí al pensar que ese rubor estaba destinado a Clark Oliver. Clark Oliver que, según me dijo, pensaba que Jane había quedado muy impresionada con él. ¡Jane! ¡Impresionada por Clark!

—¿Sabe, señor Oliver —dijo Jane con voz pausada—, que usted se parece mucho a... a una persona que yo conocí? La otra noche, cuando lo vi por primera vez, lo confundí con él.

¡Una persona que conocí! Jane, eso era muy cruel.

—Supongo que se trataba de mi primo Elliott Cameron —contesté con la mayor indiferencia posible—. Nos parecemos mucho. ¿Lo conocía bien a Cameron, señorita Harvey?

—Un poco.

—Un gran tipo —dije sin vergüenza alguna.

—Ajá —murmuró Jane.

—Es mi pariente favorito —continué con descaro—. Es una persona muy agradable, si

bien ahora está mucho más apagado de lo que era antes. Tuvo una desilusión amorosa hace dos años que aún no pudo superar.

—¿En serio? —dijo Jane fríamente mientras desmenuzaba con los dedos un pedazo de pan, el rostro, inexpresivo, y la voz, también; aunque ella solía criticar a las personas que hacían ese tipo de cosas en la mesa cuando estaban nerviosas.

—Temo que le haya arruinado la vida al pobre Elliott —comenté con un suspiro—. Es una pena.

—¿Le confió el asunto a usted? —preguntó Jane con un poco de desdén.

—Hasta cierto punto. Me contó lo suficiente como para poder adivinar el resto. Nunca me dijo el nombre de la muchacha. Sé que era muy hermosa y muy cruel. Ella lo usó.

—¿Él se lo dijo? —preguntó Jane.

—No, él no. Él nunca diría algo en contra de ella. Pero uno puede sacar sus propias conclusiones.

—¿Qué fue lo que ocurrió entre ellos? —preguntó Jane. Le dirigió una sonrisa a una señora que estaba sentada frente a ella, como si tan sólo estuviese haciendo preguntas para mantener animada la conversación, pero seguía desmenuzando el pan.

—Sólo fue una pelea, creo. Elliott nunca entró en detalles. Supongo que la joven estaba flirteando con alguien.

—Por lo general, la gente tiene ideas muy dispares con respecto a qué es flirtear —afirmó con voz lánguida—. Lo que una persona tan sólo considera cordialidad, otra lo interpreta como flirteo. Tal vez su amigo, o... primo, es uno de esos hombres que se enloquecen de celos por cualquier trivialidad y tratan de ejercer su autoridad cuando en realidad no tienen ningún derecho. Ninguna mujer con carácter lo toleraría.

—Desde luego, Elliott estaba celoso —admití—. Pero usted, señorita Harvey, sabrá que los celos sirven como vara para medir el amor. Si acaso abusó de sus derechos, estoy seguro de que lo lamenta mucho.

—¿Aún la quiere? —preguntó Jane, mientras comía, aunque su plato parecía casi tan lleno como al principio. En cuanto a mí, ni siquiera fingía comer; tan sólo picaba.

—La ama con todas sus fuerzas —le contesté con mucho fervor—. Nunca habrá otra mujer para Elliott Cameron.

—¿Por qué él no corre a decírselo? —preguntó Jane, como si estuviese aburrida del

tema.

—No se atreve. Ella le prohibió volver a cruzarse en su camino. Le dijo que lo odiaba y que mientras viviese siempre lo odiaría.

—¡Qué joven desagradable y categórica! —comentó Jane.

—Me gustaría que alguien se atreviese a decírselo a Elliott —respondí—. Él la considera perfecta. Lo siento por Elliott. Tiene la vida arruinada.

—Sabe —dijo Jane con voz pausada, como si estuviese hurgando en los confines de su memoria para hallar algo casi olvidado—. Creo que conozco a... a la joven en cuestión.

—¿En serio? —pregunté.

—Sí. Es una amiga mía. Ella... nunca me dijo cómo se llamaba aquel hombre, pero, atando cabos, creo que se trata de su primo. Pero... ella piensa que fue la única culpable.

—¿En serio? —Era mi turno de hacerle preguntas, pero mi corazón latía de tal manera que me resultaba difícil hablar.

—Sí. Ella me dijo que había sido muy atolondrada e impulsiva. Su propósito no fue... flirtear... y nunca le importó nadie más que... él. Le molestó su actitud celosa y supongo que debe de haber dicho cosas que en realidad no quiso decir. Nunca... nunca pensó que él haría caso a sus palabras.

—¿Le parece que ella aún lo quiere?

Considerando todo lo que arriesgaba, creo que formulé muy bien la pregunta.

—Creo que sí —contestó Jane con voz lánguida—. Nunca se fijó en ningún otro hombre. La mayor parte del tiempo se dedica a obras de caridad, pero estoy segura de que no es feliz.

Entonces, el trabajo en una institución de beneficencia era cierto. ¡Jane!

—¿Qué le aconsejaría hacer a mi primo? —pregunté—. ¿Cree que tendría que ir a verla? ¿Lo escucharía? ¿Lo perdonaría?

—Tal vez —respondió Jane.

—¿Me da su permiso para contarle todo esto a Elliott Cameron? —pregunté.

Jane eligió una aceituna y la comió con exasperante deliberación.

—Sí... si es que usted está seguro de que a él le gustará escucharlo —dijo finalmente como si acabara de recordar que yo le había hecho esa pregunta hacía sólo dos minutos.

—Entonces se lo diré en cuanto llegue a mi casa.

Por fin tuve la satisfacción de sobresaltarla. Giró la cabeza, me miró y pude tener una visión clara y directa de sus grandes ojos azules.

—Sí —dije, mientras hacía el esfuerzo de sacar la mirada de sus ojos—. Llegó esta tarde en el barco, pero era muy tarde como para tomar el tren; por lo tanto, tiene que quedarse hasta mañana a la noche. Cuando salí, lo dejé en mi casa. Sin duda, mañana lo veré salir corriendo en busca de su querida divinidad. Me pregunto si él sabe dónde encontrarla.

—Si no lo sabe —dijo Jane, con una expresión que indicaba que quería cambiar el tema de una vez por todas—, yo puedo darle la información que necesita. Dígale que yo estoy en casa de Duncan Moore y que partiré pasado mañana. A propósito, ¿vio la colección de jarras de cerveza de la señora Kennedy? Es muy bonita.

Clark Oliver no pudo —o no quiso— venir a nuestra boda. Jane no volvió a verlo, pero no puede comprender por qué le tengo tanta aversión, sobre todo cuando él tiene tan buena opinión de mí. A ella le pareció encantador y una de las personas más interesantes con las que alguna vez salió a cenar.